

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8407

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorente, rue Cuvier, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 15 de Noviembre 1889

EL INVIERNO

Ya del jardín las aromosas flores
En su tallo gentil se marchitaron
Ya triste se alejaron
De la selva los pájaros cantores.

Huyó el verano. Del invierno crudo
Hay que sufrir el frío y los rigores
Con algún estornudo
Preludio de catarro..... y otras cosas
Propias del tiempo y siempre fastidiosas.

Según dice D. Crispulo, mi tío,
Es muy bueno abrigarse, si hace frío
Cuidando de no hacer un disparate,
Mas sería de fiyo, una imprudencia
No tomar en invierno chocolate
De la fábrica El Barco de Valencia.

Que se venden en latas iluminadas de 6
paquetes una, desde el precio de 5 reales en
adelante, en todos los ultramarinos de la
provincia de Murcia por el Gobernador Ge-
neral del ojo ausente.

Recomendamos.—Quinina dulce
Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

CURA inmediatamente todo
dolor de Vientre y
Diarreas (de
los niños
de los viejos
de los niños
de los niños)
Dolor y fiebre de estómago
REPARTO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

ORIGEN DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS

Cuando los Lombardos invadieron la
Italia, salió Pepino rey de Francia con su
ejército, y obligó á Astolfo á hacer la paz;
pero luego que se retiraron los franceses fal-
tó Astolfo el tratado, y el Papa Esteban II
impulsó de nuevo á Pepino escribiéndole
una carta en la que le exponía los atropel-
los de que era objeto la iglesia por parte
de dichos lombardos, y luego que la reci-
bió partió á Italia y precisó á Pepino
á Astolfo á la paz haciéndole devolver
todas las plazas en número de 22; las que
dió en propiedad á San Pedro y á sus su-
cesores. Aquí fue donde empezó el señorío
temporal de la Iglesia Romana.

Después Carlo Magno fue á Roma y
confirmó la donación de Pepino. Animado
con su ejemplo y movido por los senti-
mientos de la época, no solo se mostró
Magno en conquistar mucho en poco tiem-
po, sino en defender á la Iglesia.

Aumentó á lo que dió Pepino, el ducado
de Spoletto, Benevento y otras de sus con-
quistas, reservándose para sí el reino de
Lombardia, y engrandeciéndolo con lo de-
más á la Iglesia.

En comprobación con lo que llevamos es-
crito dice Ado en su Crónica del año 727.
«Pepino donó á los Santos Apóstoles San
Pedro y San Pablo, Ravena y toda Pen-
nápols».

También se halla en el decreto de Gra-
ciano, distinción 63, una constitución de
Luis I hijo de Carlo Magno en esta forma:
«Yo Luis Emperador Augusto de los Ro-
manos mandé y concedo por esta de nues-
tra confirmación á Vos San Pedro, Prin-
cipe de los Apóstoles, y por Vos á vuestro
Vicario el Sr. Pascual Pontífice Sumo, y
á sus sucesores para siempre en vues-

tra potestad y dominio, la ciudad de
Roma con su ducado, campos, territorios,
montes, mares, riberas, puertos, con todas
las ciudades, castillos y villas que hay á
la parte de Umbria.»

También León Obispo Hortense dice:
(Crónica libro 1.º capítulo 9.) El mismo
lucido Rey (Pepino) hizo donación á San
Pedro y á su Vicario, de las ciudades de
Italia y de sus territorios por los confines
designados; desde Lunni, con la Isla de
Córcega, Cerdeña, Surano, el monte Bar-
dón, la ciudad de Urcel, Parma, Reggio,
Mantua, Sicilia y juntamente el Exarcado
de Ravena como estuvo antiguamente, con
las provincias de Venecia y de Histria, y
todo el ducado de Spoletto y Benevento.

El mismo historiador (León) añade (Li-
bro 3 capítulo 48) «En el año 1079, la
Duquesa Matilde temiendo el ejército del
Emperador Enrique, donó á Gregorio Pa-
pa y la Iglesia Romana, la provincia de
Génova y la Umbria.»

Hasta aquí los antecedentes que hemos
podido adquirir del origen de dichos esta-
dos sin meternos en averiguaciones de otro
género y llevados solamente del deseo de
curiosidad.

JOSÉ MARTI Y MATA.

La Mina (Cartagena) Noviembre 1889.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número
anterior.

DIVINO

Charada

Cuando mi prima tres pues soy poeta
hace acudir en grupo mi memoria
de prima, montes, ríos y ciudades,
mis versos son de la Natura copia.
Mas si todo fatídico á mis ojos
descarnadas preséntame sus formas,
entonces con mi lira sólo canto
dudas, tristezas, podredumbre y sombras.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

EL RETRATO DEL TENIENTE

(CUENTO RUSO DECAP)

—Esta vez, primo mío, has perdido el je-
go—gritaba alegremente y batiendo sus manos
una joven rusa, casi una niña, encendida por
la animación y jugando á las cartas con un
primo suyo, teniente de la guardia imperial.

—¿Te alegro me encanta, primita—respon-
dió el joven. De buena gana hubiera perdido
sólo por el placer de procurárselo. Manda;
obedeceré, puesto que estoy á tu disposición.

—Primo, seré clemente, la penitencia da lo
caso que lo sea, será muy fácil de cumplir,
nada molesta; se trata de una idea mía, de un
capricho tan pequeño, tan pequeño...

—Vamos, prima, no te molestes; acepto
de antemano tu capricho.

—Es que... es más fácil pensarlo que ha-
cerlo, y no sé como expresártelo, mi querido
Miguel... tengo unos deseos locos, sí, locos
de tener tu retrato en...

—Mi retrato?... Pues si me gusta mucho
que con tan poca cosa...

—Déjame acallar... Tu retrato en traje...
en traje... tiene gracia, me faltan las pala-
bras... en fin, en traje de mujer... por su-
puesto, vestida de baile.

—¿Cómo vestirme de mujer... Supongo
que te chancas.

—No, no, Miguel; nada de eso; te hablo en
serio. No pienso en otra cosa más y no he.
Estarías tan mono, tan guapo vestido de
mujer elegante, adornada de joyas y con flo-
res en el cabello!

—¿Porqué no? Pero... lo siento mucho pri-
mita, pero no puedo satisfacer tu capricho.
Sería ponerme en ridículo.

—¡Oh! en ridículo... Esa es una gran pa-
labra... No lo sabría nadie.

—Eso creerás. Todo se sabe en San Peters-
burgo, donde el rutilo mata sin piedad, y
no tengo interés en ser la chacota de nues-
tros amigos y la burla de todo el regimiento.

—Me has dado tu palabra, Miguel.

—Sí, pero á traición, con malas artes. Abu-
sas de la situación. Vestirme de mujer....
¡Jamás!

—¿Es esa tu última palabra?

—Sí. Busca algo que no sea tan fuerte.

—Una idea, Miguel, se me ocurre una
idea, una idea luminosa... ¡Si me vistiera yo
de teniente!... ¡Tendría tanta gracia... ¡Oh, sí,
sí, formaríamos un «pendón» originalísimo
No digas que no, primito, pondremos en el e-
creto á mi doncella.

Al oír la proposición, el joven oficial se
echó á reír; primero se negó á aceptarla á
poco... hizo lo que debía haber hecho en un
principio, cedió: ¿quién puede extrañarlo?
Miguel amaba á su prima con un amor entra-
ñable, y no sin angustia pensaba en los ob-
stáculos que le separaban de ella. La joven
era muy rica, y decía se que el czar la tenía
reservada para casarla con uno de sus más
estimados generales.

Al día siguiente, después de enviar las co-
pas que juzgó necesarias, el buen Miguel se
trasladó á casa del peluquero Deljamy, le
enteró de todo, y se puso en sus manos, no
puñendo contener un suspiro al sentir que le
afectaba el bigote, un bigote fino y sedoso
que durante muchos años había sido una de
sus vanidades.

—¡Si al menos me lo «gradecería!» pen-
só.

Va vestido y disfrazado de mujer, entró en
un coche y se hizo llevar á la fotografía del
czar á cuya puerta le esperaba en otro coche
su prima, vestida no menos graciosamente
que él.

De un lado y otro hubo francas risas, cum-
plidos corteses, enhorabuena y piropos, y
pasadas las primeras expansiones, los dos
jóvenes empezaron á subir la escalera.

Tocaban la puerta de la fotografía cuando
ésta se abrió con estrépito y el czar, el po-
deroso czar, apareció en el umbral.

La misma cabeza de Medusa no hubiera
dejado tan atónitos á los atolondrados jó-
venes.

Ella se pegó á la pared; él se puso delante
como para protegerla, y sin darse cuenta de
lo que hacía, sin pensar en que iba vestido
de mujer, se cuadró é hizo el saludo militar.

Quedóseles mirando el emperador, absorto
al ver una joven tan elegante y tan enterada
de los usos militares, y con rápida voz le
preguntó:

—¿Qué significa ese saludo? ¿Quién sois?

—Miguel Lory, teniente de guardias de la
emperatriz—respondió el joven temblando.

—¿Y vos?—preguntó con dureza hacia el
teniente de caballería.

—Lonia Dourouff, señor.

—¿Y que quiere decir esta mascarada?—
continuó el czar con severidad.

—Dignese oírnos V. M.—contestó Miguel
en tono de súplica.—Todo es resultado de
una apuesta por la cual vamos mi prima y yo
á retratarnos... en este traje.

Al oír esta confesión espontánea, una son-
risa, reprimida inmediatamente, pasó por los

labios del czar que funcionó el entrecejo, ape-
nando más y más á los dos aturdidos. Dulci-
ficando un tanto el aceto de su voz, ordenó
el czar:

—Cumplid la apuesta, y luego, sin quita-
ros ni una sola prenda uno y otro, presen-
tados al coronel de guardias, diciéndole que
os sometó á lo que él mande.—Y el empera-
dor siguió su camino dejando á Lonja y Mi-
guel petrificados.

—¡Oh, Miguel, Miguel!—decía llorando la
joven.—Estamos perdidos. ¿Qué he hecho
yo, Dios mío, que he hecho?

—Vamos, primita,—la interrumpió Miguel
sacando fuerzas de flaqueza—No hay que
tomar así las cosas. No nos han de enviar á
la Siberia por tan poco.

Entraron en casa del fotógrafo, se retrata-
ron, y acabado esto volvieron al carruaje,
dirigiéndose á casa del coronel de guardias.
Lonja lloraba, el teniente fingía una tranqui-
lidad que estaba lejos de sentir.

Llegaron, y cuando se abrió la puerta, el
asistente, asombrado de ver una joven tan
elegante y hermosa, preguntó á Miguel:

—¿A quién anuncio, señoría?

—¿A quién has de anunciar, imbécil? ¿no
me conoces? Al teniente Miguel Lory.

Fuera aturdido el asistente, y á poco in-
terdujo á los dos jóvenes en el cuarto del
coronel, que á la sazón se hallaba trabaja-
do.

Levantó la cabeza, y viendo á una joven
cuando esperaba ver á un teniente se levantó
con mucha cortesía.

—Dispensad, señoría, ese idioma de tal
asistente me había dicho el nombre de uno
de mis oficiales.

—No os ha engañado, mi coronel—dijo Mi-
guel saludando militarmente al veterano co-
mo había saludado al czar—mi prima y yo,
por una apuesta, hemos ido á retratarnos en
este traje, y en la escalera nos hemos encon-
trado al czar, que nos mandó venir y que nos
presentó á vos.

—¿Cómo?—dijo el coronel asustado.—¿Ha-
béis visto al czar?... ¡Y en ese traje!...

Y loco de emoción, el coronel se dejó caer
sotocado en una silla. Miguel se lanzó en su
socorro, intentó Lonja se calaba del cor-
dón de la campanilla pidiendo socorro.

Acudió la esposa del coronel, que al ver á
su marido en brazos de una joven que le ha-
cía fire con su pecho, gritó:

—¡Infame!—lanzándose sobre el grupo;
mientras venían las hijas del coronel, los
crindos, los vecinos.

Por fin se explicó todo, volvió en sí el im-
presionable jefe de la guardia imperial y vis-
tiéndose apresuradamente se dirigió al pala-
cio de invierno á pedir órdenes al empera-
dor.

La juventud tiene de bueno que no se apa-
ra por nada. Con la coronela y sus hijas, los
jóvenes olvidaron lo falso de su situación. Co-
mo la noticia, había corrido, empezaron á
llegar amigos de ambas familias, y todos re-
lebraban la ocurrencia, y fue tal la con-
tracción que como el salón era grande y se

habían reunido muchos jóvenes se organizó
un baile, en el cual eran la pareja más rui-
da la que formaban el teniente, y su prima,
ella más hermosa que nunca con su traje
mascará, y él que no podía seguir el com-
pás de los pies se le hundaban entre las
piernas que no estaba acostumbrado.

En lo más empujado del baile se presentó
el coronel en el salón, y el baile cesó, y ca-
mudeció el piano, y una sombra de tristeza
se extendió por todos los semblantes. El jefe
de Miguel sacó un papel del bolsillo, y em-
pezó á leer:

—«De orden de S. M. el emperador de lo»